

DIARIO DE MURCIA.

Sale todos los días excepto los lunes.—Se suscribe en Murcia, en la librería de Carles Palacios á 6 rs. cada mes y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

MURCIA 21 DE OCTUBRE.

Lucrecia Borgia.

Dignos son de atención y consideración los sacrificios que la empresa lírica está haciendo para que no nos sean pesadas las noches del invierno, cuyo influjo sentimos ya. No recompensa el público su celo, sin embargo de haberse aumentado algo el abono del teatro, donde cada dos noches se nos dá una ópera, que aunque conocidas, nunca serán antiguas, ni dejarán de oirse con gusto: Tal merecen las obras de los inmortales *Donizetti* y *Verdi*, que con sus inspiraciones han sabido encantar y admirar al profesor, al paso que trasportar á los que ni aun conocen una nota.

Vimos antes de anoche la representación de la *Lucrecia* en la que tomaron parte la Sra. Garcia de Ruiz, prima donna; la Srta. Amalia Patriossi; el Sr. Volpini, y los bajos Patriossi y Gasparini.

FOLLETIN.

ANDRÉS.

Novela traducida del francés.

(Continuacion.)

—¡Que lo digan delante de mí! exclamó Andrés en el colmo de la ira.

—Si que vendrán, y aunque aplasteis á media docena, no por eso habrá dejado de ser Genoveva lo que todo el mundo repite, recibiendo sin remedio el golpe mortal.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Andrés uniendo las manos; ¡cuán desgraciado soy!

—Será cierto que Genoveva está desolada

Aunque un poco indispuesta la Sra. Garcia, admiramos la claridad y dulzura de su voz y la facilidad en la ejecución; su mucho gusto, y el sentimiento que espresa en todo cuanto canta. Estuvo feliz en el duo de tiple y tenor al final del tercer acto, donde aquel tuvo que hacer un esfuerzo para que su compañera no le desluciese. Joven en la carrera debe prometerse un porvenir y lugar distinguido entre las actrices de primera línea. Deseamos oírle en la *Gemma*, función donde probará sus facultades.

La Srta. Amalia posee una voz simpática, que hace interesar á cuantos tienen el gusto de oírle. Conoce á fondo lo que canta, y el autor de la partitura se daría por muy satisfecho en verla tomar parte en sus obras; porque conoce esta actriz los sentimientos que aquel ha querido imprimir en sus notas.

Es necesario ver en tablas al Sr. Patriossi, verdadero baritono,

hasta ese punto? ¿No será una horrible mentira que su vida está en peligro, y que yo soy la causa de ello?

—Grande, terrible, debe ser vuestro pesar, dijo Enriqueta.

—¡Ah! ¡si bastase toda mi sangre para rescatar su vida! ¡si el sacrificio de todas mis esperanzas pudiera asegurar su tranquilidad!

—Vamos, dijo Enriqueta profundamente conmovida, si lo que decís es cierto, ¿hay acaso motivo para desesperarse? ¿Lo hay siquiera para alligirse?

—Pero ¿qué debo hacer? dijo Andrés con angustia.

—¡Cómo! ¿Eso preguntais? y sin embargo decís que amais á Genoveva?

—¿Podeis dudarlo? ¡La amo más que á

para conocer y admirar su gran mérito como actor y profesor. Sus dotes en este último sentido no son nada comunes: Como actor, repetimos, debe vérsese en escena donde se crece hasta una altura que podría otro igualarle, pero excederle ninguno: Unido á su laboriosidad sin límites, provida suma y su gran amabilidad y modestia hace que el público le estime muchísimo.

El Sr. Gasparini, sobre su extensión de voz, llena y clara reúne el conocimiento del carácter de la persona que representa; y con dificultad habrá quien imite su representación muda; tanto se posee de su papel, que de él á la verdad hay poquísima distancia.

Del Sr. Volpini repetimos cuanto en nuestro primer número decimos, que la empresa ha hecho una adquisición grande con este tenor. Domina las tablas de un modo que el que le trate particularmente no conoce diferencia del hombre al actor. Co-

mi vida!

—¿Sois hombre de honor?

—Por qué me dirigis esa pregunta?

—¿Porque si amáseis á Genoveva, y fuéseis un hombre honrado, no vacilaríais en casaros con ella.

Desatinado Andrés, soltó una gran exclamación y miró á Enriqueta con aire desfavorido.

—¡Pues! exclamó, ¿esa respuesta esperaba yo! La misma de todos los hombres. ¡Monstruos!

—¡Mi respuesta! dijo Andrés agitando la mano con fuerza. ¿He respondido algo? ¿puedo acaso responder? ¿Consentiría Genoveva en casarse conmigo?

—¡Cómo! dijo Enriqueta soltando la car-cijada ¡si consentiría una mujer colocada

